

¡Soy más que mi cuerpo!

Afectividad y sexualidad en la persona humana

Es necesario promover una especie de pedagogía del deseo que, enseñando el gusto por las satisfacciones más auténticas de la vida, y la búsqueda continua de los bienes más altos, vaya dirigida no a sofocar el deseo, sino a purificarlo y liberarlo, para que pueda alcanzar su verdadera profundidad.
(Benedicto XVI. Catequesis 7 noviembre de 2012)

En "El Banquete", un imaginario diálogo entre intelectuales de su época, Platón puso en boca de Aristófanes el mito del Andrógino, con el que intentó dar una explicación al origen de la Humanidad. Y tuvo una reveladora intuición: consideró que los primeros hombres eran seres esféricos, bisexuales (en lo que aquí nos interesa). Tal era su fuerza, que se rebelaron contra los dioses y atacaron el Olimpo. Zeus les lanzó entonces un rayo que les partió en dos y, desde entonces, andan como incompletos, buscándose unos a otros, lo que explicaría la atracción sexual.

Pero, ¿cuál era el estado del ser humano previo a esa división? ¿Cómo era ese ser esférico, unitario? Precisamente, podemos considerar que su rasgo principal era la perfecta unidad de su naturaleza: cuerpo, afectos, voluntad e inteligencia convivían en perfecta armonía. Los dinamismos del ser humano cooperaban al bien común de la persona y no había división interna entre ellos: lo que conocía con la inteligencia y juzgaba que era bueno, lo quería con la voluntad, lo deseaba con los sentimientos y lo hacía con el cuerpo, en un solo movimiento global de su entero ser. Dicho de modo más gráfico: "conozco que suena el despertador, pienso que es bueno levantarse, es lo que más deseo en este momento y mi cuerpo me obedece sin dudar".

Sin embargo, tenemos la experiencia de que esto, hoy, no es así; existe la conciencia universal (y no solo en la cultura cristiana) de que el hombre es un ser incompleto, que no habita en sí mismo, que está como caído por debajo de su naturaleza y debe ascender a ella. No tiene mérito ser piedra o bestia o ángel, son lo que son, pero es arduo ser hombre, afirma Gustave Thibon. Se tiene la sensación de que el ser humano no nace concluso, sino que ha de aprender a ser quien es. No en vano Jaspers definió al hombre que "aquel que ha de llegar a serlo", y el mismo Thibon recuerda que el hombre ha de conquistar su esencia.

Ovidio lo experimentó y lo dejó escrito antes que San Pablo: "veo el bien y lo apruebo, pero hago el mal". La voluntad está como herida, incapaz de llevar a todo su organismo adonde ella quiere ir. ¿Qué sucedió? Hay quien le llama concupiscencia, quien corrupción del deseo. Y parece haber acuerdo en que hubo una separación, una disgregación o desintegración. Los dinamismos humanos, antes unidos en perfecta armonía, se fragmentaron: en lugar de buscar siempre el bien que les mostraba la inteligencia, se disgregaron y cada cual tendió a su propio bien. La vista a ver, el estómago a comer, los genitales a disfrutar del placer sexual, el tacto a tocar y acariciar lo atractivo...

De alguna manera, el cuerpo dejó de estar sometido e integrado en el espíritu y pasó a percibirse como algo ajeno, con lo que se puede hacer lo que se quiera. El movimiento psico-sexual prevalece sobre el movimiento de la voluntad y de la inteligencia.

El reto (¡y es el reto de toda una vida!) consiste, pues, en caminar hacia esa unidad perdida, integrando la parte sensitiva (cuerpo y afectos) en la parte espiritual (inteligencia y voluntad). Querer lo que deseo y desear lo que quiero: he aquí el secreto de la felicidad del ser humano.

Pero no basta con esa fusión a nivel de principio, de esencia, hay que trasladarla también a los actos. Se trata de una unidad, una armonía operativa, funcional, efectiva: he de querer lo que es bueno y, además, hacerlo.

Para comprender en qué consiste esta unidad es conveniente hacer una previa distinción entre lo que podríamos llamar, con los clásicos griegos, el alma estimativa (sensitiva), que busca el bien para sí, y el alma espiritual (intelectiva), que busca el bien en sí.

Ambos bienes pueden coincidir o no. Por ejemplo, yo puedo comprender con la inteligencia que no es bueno que haya pobreza mi alrededor (y esto es un bien en sí). Si soy rico, este bien me interpelará y me moverá a compartir mis riquezas con los demás (aquí, el bien en sí puede colisionar con el bien para mí), mientras que si soy pobre, esperaré que alguien pueda compartir sus riquezas conmigo para ayudarme a salir de la situación en que estoy (aquí, probablemente, el bien en sí coincidirá con el bien para sí).

La meta es lograr la armonía entre ambos, conseguir que lo que yo veo como un bien en sí acabe experimentándolo como un bien para mí, a pesar de que me pueda exigir un cierto sacrificio. Se trata, pues, de armonizar la parte sensitiva con la parte espiritual. La primera tiende a lo que le apetece; la segunda, a lo que es bueno. El objetivo sería conseguir que lo bueno me apetezca.

A este estado, el profesor Llano lo ha llamado "libertad emocional". ¿En qué consiste la libertad emocional? En adecuar nuestro temperamento (atemperarlo) a la verdad. Joan Costa lo explica con palabras muy expresivas: el virtuoso, el emocionalmente libre, dice, es aquel que (i) hace lo que le da la gana, (ii) le da la gana de hacer lo que es bueno y, (iii) encima, disfruta haciéndolo.

La persona emocionalmente libre es una llamada de atención permanente para los que le rodean, que acaba siendo molesto a los emocionalmente esclavos, porque ellos no son capaces de entender que alguien pueda divertirse con cualquier cosa. El emocionalmente esclavo necesita emociones fuertes, no es capaz de generar sus propias emociones. No puede disfrutar con una comida familiar, una salida inocente, una película con amigos. Está de vuelta de todo porque no ha llegado a nada, no sabe cuál es su meta y va en pos de nuevas emociones, que le vuelven a esclavizar. Es el recorrido de los drogadictos, de los adictos al sexo o al alcohol.

Ahora bien, para lograr esta libertad emocional hace falta, primero, ver las cosas como son, sin que los sentimientos nos engañen: ver lo malo como malo, aunque venga disfrazado de apariencias seductoras, y lo bueno como bueno, aunque a veces esté cubierto de fango.

Siguiendo a Von Hildebrand, voy a distinguir tres clases de sentimientos para afrontar este proceso de integración de que venimos hablando: sentimientos físicos, sentimientos psíquicos y sentimientos espirituales.

Sentimientos físicos

Son aquellos que proceden de nuestra parte corporal: el dolor, el placer, el cansancio, el abatimiento; lo que 'el cuerpo me pide'. Son, sin embargo, compatibles con los sentimientos espirituales (en el parto, por ejemplo, se experimenta un dolor físico intenso junto a una alegría espiritual grande) y podemos rechazarlos o aceptarlos. Pierden su fuerza cuando nos damos cuenta de que no son verdaderos sentimientos espirituales. Si superamos su despotismo, dejamos espacio a los sentimientos más elevados. No somos esclavos de ellos.

Entre los sentimientos físicos está el placer sexual, en el que me detendré unos instantes.

El espejismo del sexo por el sexo consiste en que el sexo siempre busca placer, pero pretende felicidad. Y la felicidad no está nunca en el placer, en la técnica, sino en lo que lo motiva. El placer que procura el sexo es un reflejo, una repercusión de la plenitud de unión que el amor busca, explica Noriega. La felicidad no está en la suma de placeres, como ha demostrado Finnis con su teoría de la máquina de las experiencias. Explica este autor que si existiera una máquina que pudiera conectarse a todos nuestros sentidos y generar en nosotros la sensación de placer que acompaña a cualquier experiencia que pudiéramos vivir, sería, en apariencia, muy fácil ser feliz. Bastaría con conectarse a la máquina y pensar en el placer que queremos generar: un viaje a París, una relación de profunda amistad, el placer de una relación sexual, etc. El problema es que esa máquina nos apartaría de la realidad, de nuestra verdad, y acabaríamos viviendo artificialmente, crearía en nosotros una dependencia que nos esclavizaría a ella, deteniéndonos en el reflejo del placer y alejándonos de la realidad que lo motiva. Esa máquina existe: se llama droga, pornografía, alcoholismo, ciertas dependencias tecnológicas...

Lo primero, por lo tanto, es conocer la verdad de la sexualidad, el significado que esta tiene en el ser humano, para después indagar cómo podemos integrar (unir, armonizar) nuestro cuerpo y nuestros afectos para que vayan en pos de esa verdad. En ella encontraremos la felicidad y, como reflejo, también el placer.

Hay una primera función de la sexualidad que es la procreación. Es el que se conoce como significado procreativo de la sexualidad; no reproductivo, que no somos animales, y al traer al mundo un ser humano participamos en la creación de algo nuevo, que no estaba dado. Ponemos las condiciones para que Alguien implante el alma espiritual en el cuerpo generado (un alma que es una novedad absoluta, que tiene conciencia de sí y no estaba anticipada en las células que componen el organismo). Procreación, también, porque no basta con traer al mundo un nuevo ejemplar de la especie, sino que hay que educarlo en humanidad.

Ahora bien, este significado procreativo (que se hace evidente y no necesita demostración) no es la única verdad de la sexualidad humana. En algunos animales sí, y por eso solo sienten atracción sexual durante los períodos fértiles. Pero la atracción sexual humana se da siempre, no está condicionada a la reproducción, es la conciencia

de una pobreza, de una deficiencia, una carencia que hay que completar y nos impulsa a buscar quien la integre.

Hay, primero, una atracción impersonal. Masculinidad y feminidad se atraen, pero nuestra condición personal invita a más, invita a descubrir a la persona porque vemos que el cuerpo tiene un significado personal, expresa a una persona determinada, que constituye una llamada a la comunión personal, la unión con otra persona y no solo con su cuerpo (Cafarra).

Esta es la verdad de la sexualidad, y si se busca algo menos que esto, algo inferior a la unión personal, con el alma espiritual e inmortal y para siempre, se degrada la sexualidad a material de consumo y la persona se animaliza, se sitúa al nivel del alma estimativa, que no alcanza lo personal.

El pudor

El sentimiento que asegura el respeto a la sexualidad en su verdad se llama pudor.

Explica Juan de Dios Larrú, a quien sigo en el enfoque general de este apartado, que el pudor está presente en el hombre porque tiene intimidad. Tiende a ocultar hechos exteriores o estados interiores. Pero este disimulo no está directamente vinculado a algo malo (hay quien, por pudor, disimula lo bueno). No es, pues, primariamente moral, sino ontológico, antropológico, se vincula a la experiencia de no querer exteriorizar lo que ha de permanecer oculto en la intimidad de la persona. El pudor, eso sí, es el germen de la castidad.

El pudor sexual es aquel que se manifiesta respecto de las partes y órganos que determinan el sexo. Busca evitar que el otro confunda lo que ve con lo que soy: mi cuerpo es más que mi cuerpo, pretende decir el pudor. *No me mires como a un objeto, soy un cuerpo personal, tengo un dentro que también forma parte de mí.*

Por otra parte, como explica José Noriega, el pudor constituye una reacción de autodefensa ante el riesgo de ser reducido por la mirada ajena del mismo modo que mis tendencias quieren a veces reducir a los demás, contemplando sus cuerpos como un mero objeto de placer. En esta faceta, el pudor tutela nuestra subjetividad, nuestra condición de sujetos, de personas, para que nadie se deje vencer por la tentación de considerarnos meras cosas al servicio de su placer sexual. Y al tiempo que protege nuestra subjetividad, al ocultar los atributos sexuales, ayuda a evitar que se genere en los demás la intencionalidad inadecuada de observarnos solo como tal objeto de placer.

Su primera manifestación es el vestido, que tiene que ver también con la manifestación de mi personalidad expresada en la forma de vestir, que individualiza mientras que la desnudez estandariza hasta hacer desaparecer la individualidad. Pero pudor no se identifica con vestido ni impudicia con desnudez, pues el vestido puede servir tanto para ocultar como para evidenciar los valores sexuales (basta con ver un video de Madonna o Lady Gaga). El ejemplo clásico para ilustrar esta diferencia es el de la mujer que se desnuda por una razón objetiva y justificada, por ejemplo, para una exploración ginecológica. Esta mujer vence el pudor ante la mirada del médico, pero si dos jóvenes se asoman a la ventana, siente vergüenza, porque percibe de inmediato que aquella es una mirada impúdica, que la ve solo como objeto de placer. Y, de la misma manera que un vestido puede ser impúdico, también la desnudez puede ser púdica. Así sucede en

aquellos casos en que cumple una función objetiva (que el médico me reconozca, la unión sexual con mi esposo...) y solo se convierte en impúdica cuando aquella desaparece.

¿Dónde está, pues, el límite? ¿Quién decide qué actos o vestidos son púdicos y cuáles no? La respuesta no es fácil, menos aún puede ser universal. Hay factores que influyen profundamente en la vivencia del pudor (sexo, cultura, clima, edad, época del año...). A mi juicio, el criterio lo determina la mirada interior. El vestido debe ser tal que permita a la mirada ajena entrever en el cuerpo a la persona. La mirada limpia es la mirada penetrante, capaz de ver a la persona que hay detrás del cuerpo y de los sentimientos sin detenerse y recrearse en uno y otros desgajándolos del ser a que pertenecen. En la medida en que mi forma de vestir o mis demostraciones afectivas impiden o dificultan esa mirada honda, personal, mi conducta puede ser considerada impúdica, inadecuada a la persona humana.

Benedicto XVI, en el discurso del XXV aniversario del Instituto de la Familia Juan Pablo II, tuvo ocasión de explicar la correcta visión del cuerpo humano como lugar donde habita el espíritu. Y lo hizo recordando una anécdota de Paolo Veronese, quien, poco después de la muerte de Miguel Ángel, había pintado una Última Cena en la que había incluido algunas figuras inapropiadas (soldados alemanes, enanos, borrachos sangrando por la nariz...). Al ser llamado por la Inquisición y no lograr convencerles, el pintor respondió que también en la Capilla Sixtina los cuerpos de Nuestra Señora, del Salvador y de todos los demás estaban representados desnudos, con poca reverencia.

"Fue el mismo inquisidor el que defendió a Miguel Ángel -explicaba el Santo Padre- con una respuesta que se hizo famosa: '¿No sabes que en estas figuras no hay nada que no sea espíritu?'

"En la actualidad nos cuesta entender estas palabras -reconoció el papa- porque el cuerpo aparece como materia inerte, pesada, opuesta al conocimiento y a la libertad propias del espíritu. Pero los cuerpos pintados por Miguel Ángel están llenos de luz, vida, esplendor.

"Quería mostrar, de esta manera, que nuestros cuerpos esconden un misterio -continuó el Papa-. En ellos el espíritu se manifiesta y actúa. Están llamados a ser cuerpos espirituales".

En efecto, en el estado puro del hombre primero, en el paraíso terrenal o en el ser esférico de Aristóteles, la visión penetraba el cuerpo hasta vislumbrar el alma, contemplaba el ser espiritual porque el cuerpo se le presentaba a los ojos espiritualizado. Hoy necesitamos cubrirlo porque nuestro ojo se entretiene en lo corporal en detrimento de lo espiritual, con el riesgo de despersonalización, de cosificación que ello supone.

Naturalmente, el pudor es educable, explica Larrú. En distintas culturas hay distintas vivencias del pudor. Hay que aceptar que hay una cierta relatividad en la definición de lo impúdico. Sin embargo, el impudor mismo no es relativo, pues lleva a cabo una despersonalización por la sexualidad, que aparece groseramente estándar e indiferenciable. El pudor oculta los valores sexuales para no convertir el cuerpo en mero objeto de placer, en instrumento a disposición del otro, con la degradación que ello supone.

Conviene aquí evitar los extremos, que pueden llevar al pansexualismo de cierta cultura actual o a la pudibundez de ciertas aproximaciones meramente formales y reglamentistas, lo que ha de lograrse por la vía del conocimiento, de la comprensión del verdadero valor y sentido del pudor.

Ahora bien, para educar adecuadamente en el pudor, hay que conocer de qué manera se experimenta la sexualidad en la mujer y en el varón. El pudor que vive el varón debería estar, por así decir, mediatizado por la forma en que la mujer experimenta su sexualidad, y viceversa, la materialización del pudor en la mujer debería estar determinada por la vivencia que el varón tiene de su sexualidad. Solo así el pudor cumplirá con eficacia su objetivo y responderá oportunamente a la realidad que lo reclama, que no es la propia experiencia de la sexualidad sino la que tiene el otro sexo.

El varón tiene una sensualidad más fuerte y acentuada. Percibe los valores sexuales muy corporalmente y los experimenta de manera más instintiva e impetuosa. Es más vulnerable a ver el cuerpo de la mujer como mero objeto de placer. Su mirada instintiva a la mujer es una mirada anatómica. Al mismo tiempo, el hombre educado en el pudor, siente vergüenza por esta tendencia más instintiva que le cuesta controlar.

La mujer experimenta una sensualidad más afectiva, menos corporal, más espiritual, si se quiere. Percibe más los valores personales que los sexuales. Su mirada al varón no es anatómica, sino psíquica, penetra antes y mejor que el varón en la personalidad. Edith Stein lo explica de manera mucho más poética: *“yo pienso que la relación entre alma y cuerpo no es completamente la misma, que la unión natural al cuerpo es de ordinario más íntima en la mujer. Me parece que el alma de la mujer vive y está presente con mayor fuerza en todas las partes del cuerpo y que queda afectada interiormente por todo aquello que ocurre al cuerpo”*.

Curiosamente, al no encontrar en sí misma una sensualidad tan fuerte como la del hombre, la mujer siente menos necesidad de esconder su cuerpo, objeto de posible placer, porque le cuesta más concebir la contemplación de un cuerpo desprendido de la persona, del espíritu. Se da, pues, la paradoja de que la mujer, siendo originariamente más casta, le resulta más difícil vivir la experiencia del pudor.

Esta realidad tiene consecuencias muy interesantes a la hora de educar en el pudor. Al joven varón no siempre se le insiste suficientemente en que la vivencia de la sexualidad por la mujer exige que él aprenda a integrar la sensualidad en la afectividad, y a la mujer no se le explica que el varón difícilmente verá afectividad en las demostraciones de sensualidad.

También tiene consecuencias relevantes en la relación matrimonial, algunas casi contradictorias. Si, por una parte, en los niveles más superficiales y frívolos, se ha producido una masculinización de la aproximación al sexo por parte de la mujer, a la que se fuerza a adoptar roles y modos masculinos, más tendentes a la mera percepción de lo carnal; por otra, en los estadios más cultivados se experimenta una cierta feminización de la vivencia sexual, de modo que muchas mujeres rechazan, por considerarla impropia del ser humano, la atracción meramente corporal que generan en su propio esposo, quien se siente casi culpable de percibirla así, sin más, y, en casos extremos, no se atreve a solicitar la relación íntima.

Por desgracia, a pesar de tantas evidencias acerca de la diferente vivencia de la sexualidad, en el día a día de muchos matrimonios se olvida esta realidad y los

cónyuges se dejan llevar por su propia tendencia, sin caer en la cuenta de que un pequeño esfuerzo en seguir el camino afectivo-sexual de su esposo/a les conduciría a la misma meta de plenitud en la unión de manera más eficaz y satisfactoria. Los caminos del amor son, en efecto, diferentes: en el varón, el deseo sexual atendido favorece la inclinación a la ternura; en la mujer, el deseo de ternura atendido favorece la inclinación al deseo sexual.

Para terminar la temática del pudor, hay que recordar que una vez el amor se instala definitivamente (determinación de amar para siempre con respeto a la verdad de la sexualidad: procreación y comunión), entonces, la vergüenza, el pudor es asumido, asimilado por el amor: ya no hace falta, porque existe la convicción de que la manifestación de los valores sexuales y afectivos no provocan un deseo solo sexual, sino que son una invitación al don de sí mismos (Noriega). "No me quiere para utilizarme, sino que se entrega a mí". El sí definitivo, podríamos decir, asegura el enfoque adecuado y respetuoso de la relación carnal.

Sentimientos psíquicos

Los sentimientos psíquicos, recuerda Von Hildebrand, proceden de nuestra parte emocional. Tampoco son intencionales. No son una respuesta espiritual, libre, sino que tienen su origen en resortes psíquicos orgánicos. Son los que nos produce una película, una canción, una pieza musical. Pueden llegar a ser muy intensos y, sin embargo, ser muy artificiales: el llanto que provoca una película, por ejemplo, procede de una representación que sabemos es irreal y, a pesar de ello, no somos capaces de sustraernos a la profunda emoción que nos genera.

Frente a ellos hay que desarrollar un espíritu crítico, aprender a distinguir la realidad del sentimiento, pues pueden ser cauce de transmisión de aberraciones éticas y morales. En no pocas películas, por ejemplo, las proezas del protagonista, con quien enseguida nos identificamos y con quien llegamos a 'sentir', están motivadas por un sentimiento de venganza, que hacemos nuestro acriticamente, como si fuera un móvil justo de actuación.

Así como el varón está más expuesto a la influencia de los sentimientos físicos, la mujer sufre de ordinario una mayor dependencia de los sentimientos psíquicos.

La mujer percibe las cosas desde ella misma, tiende a subjetivizar porque se implica mucho en la realidad. Esta respuesta ayuda a humanizar las relaciones y poner las personas por delante de las cosas, pero tiene un peligro: la inmersión en uno mismo, centrarse en los propios sentimientos, recrearse en ellos hasta llegar a confundir el sentimiento propio con la realidad exterior. Conviene, pues hacer un esfuerzo de realismo, de objetividad: reflexionar, conocerse, descubrir nuestras reacciones y sensibilidad para confrontarlas con la realidad.

El caso extremo de esta tendencia es el que Von Hildebrand llama el corazón tiránico, que no es un corazón grande (toda relación humana reclama un corazón con ternura), sino un corazón que usurpa el papel de la inteligencia y decide por ella. Es el corazón, ejemplifica este autor, incapaz de negar una botella de güisqui a un borracho porque el sentimiento de compasión se impone a la certeza del daño que le causará con el alcohol. un corazón que se hace incapaz de pensar en el verdadero bien del prójimo, que se subordina al 'bien' propio de no experimentar una contrariedad sentimental.

Sentimientos espirituales

Los sentimientos espirituales son la respuesta auténtica de un corazón noble y profundo. Sé que esto es bueno y reacciono, respondo a ello con el sentimiento adecuado (Von Hildebrand). Soy capaz de alegrarme del logro de un amigo que consigue lo que yo también pretendía y no he alcanzado, porque me doy cuenta de que he de alegrarme con él por su triunfo; soy capaz de experimentar alegría por la recuperación de un amigo o tristeza por la muerte del padre de un conocido al que veo en contadas ocasiones.

Los sentimientos espirituales proceden de nuestra parte más auténtica, y hemos de ser capaces de generarlos a fuerza de vivir con intensidad la realidad. Es triste que sintamos mayor pena por la muerte de nuestro perro que por la muerte de 50 personas en un atentado terrorista en un país musulmán. Es la inercia emocional, pero hay que vencerla por elevación, con un sentimiento más alto que nos enseñe a salir de nosotros mismos para contemplar la realidad desde fuera de nuestro propio y tantas veces pequeño mundo personal. Dicen de San Josemaría que en los últimos años de su vida tenía dificultad en terminar la lectura de la prensa diaria por el profundo dolor que sentía ante tanta desgracia ajena, que le movía a rezar una y otra vez por todos los que sufrían.

Una respuesta afectiva es objetiva cuando responde al valor del objeto. Y esta regla tiene aplicación también en el ámbito de la sexualidad. La persona que ha logrado este nivel de integración personal (armonización de los sentimientos con la inteligencia y la voluntad) contempla y experimenta la atracción sexual de manera diferente. No es que deje de atraerle, pues sigue siendo humano (más humano, cabría decir), sino que se da cuenta de que esa sugestión no le conduce a su ideal de plenitud y deja de interesarle; si en los placeres no puede realizar ese ideal, no le atraen. Un sentimiento superior, más alto y humano se hace presente y reclama su atención: ¡mi mujer, solo ella!, ¡mi novia, solo ella!

El continente (la persona solo moralmente 'contenida'), que no ha alcanzado ese nivel de virtud y de armonía interior, también rechaza la insinuación de los placeres sexuales que le atraen, pero lo hace con la sola ayuda de una norma moral, intelectual, que le impone el rechazo. El emocionalmente libre, en cambio, ha alcanzado un grado de virtud que le permite prescindir de la norma moral, él es su propia norma. Su ideal de vida interpela a sus sentimientos y los modela, los plasma (afirma, gráficamente, Noriega) conforme a ese ideal de plenitud, de modo que los placeres solo le atraen en la medida en que le acercan a él. Como decía Joan Costa: hace lo que le da la gana porque le da la gana de hacer lo que es bueno y, además, disfruta haciéndolo: ¡un anticipo del Cielo!

Noviazgo

El amor es un descubrimiento: la verdad que uno ve no estaba anticipada, la descubre en la experiencia de amor, por lo que no es algo que uno posea con anterioridad, a modo de un ideal prefabricado y que busque con quien compartirlo (Noriega).

La tarea del noviazgo no es la prueba de la persona, sino la verificación del amor. Se trata de un período cuyo principal objetivo es ayudarse a adquirir las virtudes necesarias para lograr la posterior comunión matrimonial de vida y de por vida.

El mismo Noriega ha destacado el peligro que supone un noviazgo centrado solo en discernir si esa es la persona adecuada con quien compartir la vida. Esta postura desconoce que, antes de que la radical novedad del amor acontezca, no tenemos una idea clara de nuestro destino, de la vida plena a que estamos llamados. Esperar encontrar una persona que responda a un retrato robot confeccionado previamente bloquea la experiencia del amor, que aparece siempre como una revelación, como una llamada (vocación) inédita, e impide reconocer a la persona amada en su propia, única y exclusiva personalidad.

Insiste este autor en que la tarea principal del noviazgo consiste en verificar: (i) que la revelación en que el amor consiste ha acontecido también en la otra persona y ambos ven y van en pos de la misma verdad, (ii) que se va dando una concordia mutua en los caminos a recorrer para alcanzar esa verdad, y (iii) que los dos van integrando sus dinanismos (sexualidad, afectividad, inteligencia, memoria, voluntad, imaginación...) en el amor mutuo.

Los rasgos principales del noviazgo podrían sintetizarse así:

Honestidad. La honestidad impone una proporción entre la acción y la intención, una 'unidad intencional'. Dar dinero por conseguir una buena imagen no es un acto de limosna, sino de marketing, de la misma manera que dar un beso para seducir no es un acto de amor, sino de posesión. Entre el acto y la intención ha de haber unidad, continuidad, que aquí consiste en contemplar esa relación como una eventual futura relación definitiva. Consecuencia de la honestidad es la sinceridad, el noviazgo exige también una fidelidad sincera, que no compromete del todo porque la entrega no es total, pero que exige poner unos límites y establecer unos criterios. No me comporto como cuando no tenía novia.

Autenticidad. La verdad del amor, según la conocida definición de Aristóteles, consiste en "querer el bien del otro en cuanto otro". El amor auténtico no se detiene en la persona del amado, va más allá, en pos de los bienes que merece y le convienen como ser humano. ¿Qué bienes anhelo para aquel/lla que amo? ¿Diversión, sexo? ¿Creyendo ser generosa te entregas por entero y contribuyes a su egoísmo y egocentrismo? ¿O buscas para él/ella bienes culturales, espirituales, profesionales, procurando su desarrollo y perfección personal? Si no es así, se trata de un amor insuficiente, todavía demasiado centrado en uno mismo.

Sintonía: La ayuda mutua en la verificación del amor de que antes hablábamos se logrará en la armonía, que no surge siempre de manera espontánea, sino que hay que trabajarla un día y otro alcanzando acuerdos y hablando de todo aquello que nos afecta o puede hacerlo. Un ámbito sensible y muy importante para fundamentar bien la relación son los gestos físicos del amor (besos, caricias...). Cada manifestación llama a la siguiente: los besos y caricias preparan al cuerpo para la entrega total (Jokin de Irala). Hay que establecer claramente hasta dónde queremos llegar. De otra forma, la propia condición de los gestos amorosos nos conducirá a una entrega corporal plena anticipadamente.

Equilibrio: hay equilibrio cuando la respuesta afectiva es adecuada, proporcionada al motivo que la genera. No amo por compasión, ni por urgencia (porque pienso que se me acaba el tiempo oportuno), ni porque todos tienen novio/a; amo por amor. El amor es gratuito, que no es lo mismo que desinteresado. Se da antes y sin condición, pero espera correspondencia. Es interesado en el sentido de que tiene interés en ser amado por la

otra persona. Un amor desinteresado minusvalora la amistad, que consiste en la unión: amar y ser amado.

Igualdad. Nadie es superior. No hay condiciones. Si alguno las impone (“hijos ¡ni hablar!”, “por la Iglesia, ¡ni en broma!”, “si no lo hacemos, te dejo”...), mejor cortar, porque un amor condicionado no lo es. Dos que se aman han de estar al mismo nivel. Se ha dicho que un príncipe puede casarse con una campesina siempre que esta tenga corazón de princesa; sin embargo, recuerda Thibon, hay muy pocas campesinas con corazón de princesa. Normalmente, las campesinas tienen el corazón campesino y las manos encallecidas. El riesgo (y digo riesgo, no certeza) de un distanciamiento cultural y educacional grande es que uno de los dos, inconscientemente, acabe pensando que él/ella está en un nivel superior.

Contraste. Hace falta un tiempo mínimo para conocerse, por lo menos en lo esencial. El que ama no concibe un tiempo sin ella: 'tú no morirás nunca'. La temporalidad es importante. Quien no es capaz de afirmar el 'para siempre' ha sufrido una confusión trágica: confundir el amor con el sentimiento. El que ama cree en él/ella y promete. Pero para poder prometer hace falta conocer, hasta donde una persona admite ser conocida (lo que analizaremos más en detalle cuando hablemos de las relaciones prematrimoniales).

Decisión. Tras una breve pero suficiente biografía en común, los novios están en disposición de decidir amarse para siempre. El miedo al compromiso es, en realidad, miedo a dominar las circunstancias, a tomar las riendas de nuestra vida, del destino común que se nos ha anunciado. El amor deja, entonces, de ser el motor y cede la dirección a las circunstancias. La prueba decidirá por nosotros... El error consiste en no decidir nosotros mismos. Si hay decisión firme, determinada, comprometida y recíproca, no hay error porque nuestro destino lo iremos construyendo cada día partiendo de una premisa ineludible: nosotros mismos.

Marta Brancatisano, lo expresa con palabras más poéticas: “La idea de una prueba ni siquiera se nos ocurría, es más, era contraria a aquella idea de desafío, del todo por el todo, que se adaptaba al amor como un guante. El amor verdadero era otra cosa, era aquello que se ofrecía a la forja del tiempo, de todo el tiempo de una vida, en el momento de la decisión definitiva, el del matrimonio (...) Es una metodología que exige el ‘para siempre’, o de lo contrario no funciona. Entre los que consideran que el ‘para siempre’ es imposible y sobrehumano se encuentran los escépticos. Olvidan que han vivido y deseado un amor que desde el principio y por definición era sobrehumano”.

Relaciones prematrimoniales

Según las estadísticas, los adolescentes españoles tienen su primera relación sexual a los 18,2 años como edad promedio, mientras que hace 50 años la edad media de la iniciación al sexo era de 23,8 años. El 28 % de los jóvenes ha tenido a esta edad (15 - 16 años) alguna vez relaciones completas. Y solo el 13 % refieren haber tenido su primera relación por amor. El restante 87 % la tuvieron movidos por la presión del ambiente, el alcohol, el deseo de perder la virginidad, etc. (Informe ‘El adolescente y su entorno en el siglo XXI’ del Observatorio de Salud de la Infancia y la Adolescencia del Hospital Sant Joan de Déu de Barcelona, 2011).

La sensación que les queda a muchos de ellos es la de haber dado todo a nadie. Resulta evidente que hay un ambiente coactivo que genera una falta de libertad para defender el valor de la espera. El don de la exclusividad, de la integridad en la entrega se desvaloriza y no cuenta ya en el sistema de valores de algunos adolescentes.

Aunque el acto sexual parezca el mismo desde un punto de vista mecánico, no lo es desde una perspectiva antropológica porque el marco de referencia es diametralmente opuesto. Sin la voluntad de donarse por entero, el acto se sitúa en la lógica de la experimentación, de la prueba. Este escenario olvida que la persona es también su tiempo, la temporalidad es parte de nuestra vida; en expresión de Julián Marías, el ser humano es un ser proyectivo, dinámico, futurizo, y su futuro forma parte de él. Cuando entregamos el cuerpo sin entregar el espíritu de manera irrevocable, en realidad no se trata de una donación, sino de un préstamo. No hay aquí comunión, unión entera, porque no se asume el destino de la otra persona, o se hace solo en la medida en que se adapta a mi propio destino.

Como explica Joan Costa, el problema del amor no comprometido es que sitúa el centro de gravedad en mí mismo y no en la persona amada. Al no prometer un amor para siempre, yo me convierto en el criterio de valoración del otro: él o ella valen solo en la medida en que colman mis expectativas, en que satisfacen mi interés, por elevado que este sea. El amor auténtico y pleno ama al otro por lo que él es y no por lo que me aporta a mí. Entonces sí, el amor se convierte en don, en entrega y se hace cabal. Esta es la lógica del amor, una lógica del todo o nada: o me entrego o le utilizo. Si no es don, es interés.

Es cierto que los dos que se aman pueden estar de acuerdo en no comprometerse, pero esto no soluciona el problema, más bien lo agrava porque significa que los dos están de acuerdo no en amarse, sino en utilizarse mutuamente, en ser uno y otro (al menos en parte) instrumentos, lo que dañaría igualmente a su dignidad de persona.

Por otra parte, el consentimiento matrimonial no es un “consentimiento continuado” (Hervada). Crea un estado nuevo, una relación que implica a toda la persona. No es cierto que todas las cosas desaparezcan cuando desaparece la causa que las crea. Cuando el sol no está desaparece su calor, pero un cuchillo hierde y no cura, de la misma manera que un lápiz escribe pero no borra. El consentimiento matrimonial genera el vínculo matrimonial, pero no lo hace depender continuadamente de él. El consentimiento continuado es una falacia porque exigiría una dependencia y atención ininterrumpida que no permite la naturaleza humana: mi voluntad no puede estar constantemente manifestando, durante todos los segundos de mi vida, el amor que prometí un día. Lo único que puedo prometer es que seré capaz de crear un vínculo de amor que defenderé, enriqueceré y cuidaré durante toda mi vida. Quizás el ejemplo de la paternidad pueda arrojar algo de luz: el acto sexual crea el vínculo de paternidad que sigue a la generación de una nueva vida, pero, una vez creado ese vínculo, ya no puedo destruirlo. Y no estoy hablando de eliminar al hijo, lo que todo el mundo entiende que es una aberración moral, sino de extinguir el vínculo, la relación. Jurídica y psicológicamente puedo dejar de ser padre y no tenerme por tal, pero moral y biológicamente lo seguiré siendo siempre. En el matrimonio no se ve tan claro porque el vínculo no genera una nueva vida corpórea y tangible, pero sí crea una nueva realidad moral inextinguible: la relación matrimonial, derivada de una entrega plena de la intimidad personal.

Ante el panorama de un amor para siempre, irrevocable, sin vuelta atrás, surge la respuesta de las relaciones prematrimoniales, de la cohabitación previa al matrimonio. Se trataría de comprobar que la relación va a funcionar. Si tan exigente es el compromiso, si reclama quemar las naves y no hay vuelta atrás, entonces hay que estar muy seguro de la decisión, no se puede tomar precipitadamente..., y la fórmula más extendida para contrastar las probabilidades de éxito de una unión específica y determinada parece ser hoy la cohabitación.

Sin embargo, las estadísticas se empeñan en acreditar lo contrario de lo que se pretende: “A pesar de la creciente popularidad de la convivencia previa al matrimonio, hace tiempo que ha quedado demostrado que la mayoría de las parejas que han vivido juntos antes del matrimonio tienden a romper su relación después de casarse. Según un informe del National Center for Health Statistics norteamericano, los hombres y mujeres que han vivido juntos antes de casarse tienen menos probabilidades de celebrar juntos el décimo aniversario de su boda que quienes no lo hicieron: el 54% de los que eligieron la cohabitación previa llegan a ese décimo año, mientras que los que esperaron al matrimonio son el 67%” (IFFD Papers, n° 5 Chicago Tribune. ‘Living together, loving together, www.iffd.org).

¿Cuáles son las razones que conducen a esta decepción? ¿Por qué es mejor casarse sin haber tenido previamente relaciones sexuales? Veamos algunas de ellas.

En primer lugar, una falta de profundidad y de seriedad en la relación, derivada del carácter 'débil' del compromiso adquirido. La falta de un horizonte definitivo en común genera una menor tendencia a aprender a resolver juntos sus conflictos.

En segundo lugar, la que podríamos llamar 'inversión de los términos'. La primera pregunta que hemos de hacernos es si realmente pensamos que las parejas cohabitan para ‘probar’. Yo no lo creo. Por lo menos, pongo en duda que esa sea la razón principal. Pienso que la mayoría de parejas inicia una vida en común porque se aman. Se da hoy una fuerte paradoja: se quiere presentar una visión romántica y sentimental del amor (*nos queremos tanto y queremos estar tan seguros de que nuestro amor funcionará que necesitamos convivir ya*), cuando, en realidad, la cohabitación previa acaba subordinando el amor romántico a los aspectos más prácticos y utilitaristas. Se produce una inversión de los términos: ¡se fundamenta y hace depender el amor de la capacidad de convivencia!, cuando la ecuación es la contraria: ¡es la convivencia la que ha de subordinarse al amor! Es la capacidad de amar la que permitirá convivir y no la capacidad de convivencia la que permitirá amar.

En tercer lugar, la prueba es imposible. Las personas no se prueban como quien prueba un electrodoméstico, y la relación de amor no se puede probar: es un imposible antropológico y cronológico pretender probar una relación de futuro en función de una relación de presente. El ser humano, como hemos dicho, es dinámico y evoluciona con el tiempo. También las circunstancias que le rodean cambian. ¿Cuándo acaba la prueba? No es lo mismo sin hijos que con hijos, con trabajo que sin trabajo, a los 30 que a los 60, sano que enfermo..., ¡tendríamos que estar toda la vida probando! No, el amor matrimonial no puede probarse. Las personas se aceptan tal como son y serán, en el grado de amor que a cada una corresponde (al cliente como cliente, al amigo como amigo, al amado como amado, como cónyuge), pero no se prueban.

En cuarto lugar, no soy el mismo antes que después de casarme. El ‘sí’ me eleva a un grado de amor del que antes no era capaz. El matrimonio contraído mediante una

promesa de amor para siempre me capacita para amar. Aunque se ha definido tradicionalmente la virtud como repetición de actos, hay niveles de virtud que solo se alcanzan a través de un acto, una decisión, una determinación (Tomás Melendo). Por ejemplo, el valor para lanzarse en paracaídas no depende tanto de la repetición de saltos cuanto de una determinación de la voluntad en un momento preciso y determinado. Algo similar sucede con el matrimonio. Ese 'sí' de una vocación y entrega de por vida me transforma como persona y me sitúa en disposición de poder amar. A partir de este momento ya no exigiré que tú cambies y te aproximes a ti, sino que seré yo el que lo haga para ir hacia ti, para ponerme a tu servicio e intentar hacerte feliz conmigo.

La verdadera 'prueba', en fin, es el noviazgo, que no es tanto una prueba como un período de conocimiento. Se piensa, equivocadamente, que la relación sexual añade algo sustancial a ese conocimiento mutuo. La verdad es que la relación sexual, y tanto más cuanto más joven se es, enturbia más que aclara el conocimiento del otro como persona. El sexo no es un juguete, es un arma poderosa y un adictivo potente, como sabe bien la industria pornográfica, que nubla las otras facultades y empaña la elección. El sexo parece disculparlo todo y tiene una fuerza invasiva y atractiva que desvía la atención de lo verdaderamente personal. Otra consecuencia es que surge una dependencia del placer sexual difícil de vencer, un ligamen corporal —genital— que nos engaña bajo el disfraz de una relación interpersonal. Todas nuestras facultades quedan 'tocadas', hipotecadas por esta experiencia, que permanecerá en nuestra memoria, desorientará nuestra inteligencia y debilitará nuestra voluntad. En el futuro, nuestra libertad estará comprometida porque esa experiencia, aunque no lo percibiéramos, habrá implicado a toda nuestra persona y condicionará nuestros movimientos futuros. No de manera plena, naturalmente, pues la libertad humana es capaz de rehacer el pasado, pero el esfuerzo será mayor. Habrá que desandar el camino andado, lo que no siempre es fácil. Es decir, la relación sexual, aunque se frivolicé con ella, ejerce siempre su fuerza unitiva, de modo que lo que es una ventaja y una ayuda cuando se instaura un amor definitivo, puede transformarse en una rémora cuando ese amor no es para siempre, al limitar nuestra libertad y no permitirnos decidir de manera exenta. La verdadera prueba es la del noviazgo que no anticipa la entrega del cuerpo a la entrega personal: quien ha demostrado que es capaz de amar a la persona posponiendo el placer sexual está preparado para amar de manera plena, pues quien puede lo más puede lo menos, y es más (en términos de poder, de voluntad, que no antropológicamente) amar sin el placer unitivo de la relación sexual que hacerlo con él.

A esta entrega del cuerpo, de la intimidad corporal sin la entrega de la persona, de la intimidad personal (que incluye el tiempo, el futuro) hay quien la ha llamado una "sonrisa falsa" (Ricardo Yepes). En efecto, una sonrisa falsa es un grupo de músculos faciales que se mueven para expresar lo que no sienten, lo que no son; de la misma manera, el cuerpo que se entrega sin el alma, sin la persona entera en que consiste, parece afirmar 'me entrego a ti por entero', pero en realidad contiene una reserva: 'no te entrego mi alma, mi persona'.

Unidad personal y unión con Dios

No puedo terminar sin hacer referencia a la explicación que da el Génesis de esa pérdida de unidad del ser humano. Consistió, en realidad, en la pérdida de la unión con Dios: cuando el ser humano mantenía el hilo directo con la divinidad, la unidad personal se poseía de manera natural. Pero la ruptura con Dios abrió una brecha y alejó al hombre de su origen.

Cristo restauró esa unión y facilitó el acceso a Dios a través de los sacramentos. Para los que creemos en la fuerza sacramental, renunciar a ella es una actitud irresponsable. Ser persona íntegra es mucho más fácil con la ayuda de la Gracia.

Javier Vidal-Quadras Trías de Bes

Bibliografía básica utilizada

Benedicto XVI, discursos citados en el texto.

Brancatisano, Blanca, *La Gran Aventura*, Grijalbo, Barcelona, 2000.

Caffarra, Carlo, *Ética General de la Sexualidad*, Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid, 2000.

Costa Bou, Joan, notas de su conferencia: *Per qué hem de csasar-nos?*

Hernández Urigüen, Rafael, *Noviazgo: ¿seguros? Ideas para acertar*, Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid, 2009.

Hervada, Javier, *Carta sobre el Divorcio*, Navarra Gráfica Ediciones, Pamplona, 1998.

Irala, Jokin de, *Un Momento Inolvidable*, Voz de Papel, Madrid, 2005.

Larrú, Juan de Dios, *El significado personalista de la experiencia del pudor en K. Wojtyla*, en la obra colectiva *La Filosofía Personalista de Karol Wojtyla*, Juan Manuel Burgos (ed.), Palabra, 2007.

Llano, Alejandro, *La Vida Lograda*, Ariel, Barcelona, 2008.

Melendo, Tomás y Martí, gabriel, *Elogio de la Afectividad*, Ediciones Internacionales Universitarias, Pamplona, 2009.

Noriega, José, *El Destino del Eros*, Palabra, Madrid, 2005.

Thibon, Gustave, *Sobre el Amor Humano*, El Buey Mudo, Madrid, 2010.

Von Hildebrand, Dietrich, *El Corazón*, Palabra, 1996.

Yepes Stork, Ricardo y Aranguren Echevarría, Javier, *Fundamentos de Antropología*, Eunsa, 2001.